

DESTERRADO

Este es el amor que se juzga vencedor de la muerte, esa es la Ciudad alegre que vive confiada... Entre esta alegría, que es la de mi patria..., esa felicidad, que es la de mi hijo... ¿Por qué está mi alma triste, con tristeza de muerte?

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Un salón en el palacio de Crispín.

ESCENA I

La SEÑORA POLICHINELA y CRISPÍN, que entran por la derecha.

CRISPÍN

Señora Polichinela, volved a la fiesta antes que sea notada vuestra ausencia.

SEÑORA POLICHINELA

Perdonad. Si pensabais traer una bailarina a vuestro palacio, nunca debisteis invitar a damas principales.

CRISPÍN

Señora Polichinela, si me he atrevido a invitarlas ha sido para su seguridad. Como sus maridos hubieran venido aun sin invitarlos, creí que siempre estarían más tranquilas viendo por sus propios ojos lo que pasaba. Tened en cuenta que si he traído a la hermosa Girasol a mi palacio ha sido por contentar a muchas damas de calidad que rabiaban por conocerla y no se atrevían a presentarse en el teatro donde ella baila. Ya sabéis que

siempre me he complacido en facilitar y satisfacer deseos y curiosidades. Por lo demás, ya era hora de que en mi palacio, donde tantos danzantes asisten de ordinario, se danzara alguna vez de verdad y con arte. ¡Verdad y arte! Dos cosas con las que solemos andar reñidos los que gobernamos.

SEÑORA POLICHINELA

Pero, ¿creéis que yo puedo autorizar con mi presencia la escandalosa conducta de mi yerno? Tengo bien probada mi discreción en veinticinco años de matrimonio con el señor Polichinela; pero tratándose de mi hija... Ya me conocéis... ¡Ah, señor Crispín, bien nos engañasteis!

CRISPÍN

Yo he sido el primer engañado. Mejor dicho, el amor nos engañó a todos. ¿Quién podía creer entonces que aquel gran amor no era verdadero? Si vuestra hija llora una desilusión que vos deploráis como madre, aun es mayor mi desencanto... ¡Mi señor Leandro, el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños, por el que yo esperaba redimirme, es hoy... un yerno más... Y aun hay que agradecerle que sólo corteje bailarinas y sólo malgaste la dote de su mujer... Otros, en su caso, con un suegro influyente, cortejan los cargos públicos y añaden a la dote algún saneado emolumento a costa del tesoro de la Ciudad...

SEÑORA POLICHINELA

¿Y no sería preferible?

CRISPÍN

Para la familia, ¡quién lo duda! Para los demás, y tratándose del dinero del señor Polichinela, es más sa-

tisfactorio lo que tanto os desagrada. Los hijos y los yernos son de justicia divina; por eso enmiendan tantas veces deficiencias de la justicia humana.

SEÑORA POLICHINELA

Bien está. ¡Yo que esperaba que vos le reprendierais, que le hicierais entender lo indigno de su conductal...

CRISPÍN

Y tenéis razón para esperarlo. Y no será a él sólo por desgracia. Muchos otros también han de entenderme. Pero esta noche no quiero entristecer la fiesta, no quiero entristecer a nadie... Una sola palabra mía...

SEÑORA POLICHINELA

Me asustáis... Decidme, señor Crispín, ¿es que nos ocultáis algo grave? ¿Es que los venecianos se obstinan en sus pretensiones? ¿Es que por fin tendremos guerra? ¡Sería horrible! Vos haréis por que eso no suceda...

CRISPÍN

¿Yo? ¡He de ser yo!

SEÑORA POLICHINELA

Lo podéis todo en la Ciudad. Por algo os han elevado a la suprema jerarquía...

CRISPÍN

Sí. Soy el Magnífico... Imagen visible de los que me elevaron... Los Crispines cobardes necesitan un Crispín valeroso que autorice sus picardías; ellos solos no se atreverían a cometerlas. El sello del Magnífico es su absolución. Como en mis tiempos de criado era yo una

parte de mi señor y tuyas eran las grandezas y mías las ruindades, así ahora la Ciudad me necesita para descargo de sus culpas... Y soy yo el elegido. Siempre Crispín, el criado siempre... Pero los pueblos, para mayor sarcasmo, o para engañar mejor su conciencia, a sus criados nos llaman señores, nos dan una apariencia de gobierno..., y ya es nuestra toda la culpa de las culpas de todos.

SEÑORA POLICHINELA

Nunca os he visto tan solemne, señor Crispín. ¿Es que tenéis miedo?

CRISPÍN

Si, tengo miedo... por las culpas de todos. También remordimiento..., que en los demás será rabia y desesperación, que es el remordimiento de los pueblos cuando se creen engañados... ¡Engañados! Pocos serían los males de la Ciudad si todo su mal fuera el que yo pude hacer.

ESCENA II

DICHOS, POLICHINELA y PANTALÓN, por la derecha, disputando.

SEÑOR POLICHINELA

Podéis tirar por donde os plazca; pero, ¿pagaros yo? ¡Nunca! ¡Nunca!

PANTALÓN

Pero, señor Polichinela...

SEÑORA POLICHINELA

¿Oís? Mi marido disputa con el señor Pantalón. Sin

duda es por algún dinero que el barbilindo de Leandro le adeuda.

CRISPÍN

Vuestro marido y el señor Pantalón no pueden disputar por otra cosa.

SEÑOR POLICHINELA

Si creéis que puede importarme que pongáis a mi yerno en prisión... Ya debió ir antes si no lo hubierais estorbado por vuestra avaricia... Nunca hubiera sido mi yerno y no hubieran caído tantas desdichas sobre mi casa... ¿Habéis oído cosa semejante, señor Crispín? ¡Pretender que yo pague las trampas de mi yerno!

PANTALÓN

¿Y creéis que si él no fuera vuestro yerno nunca le hubiera yo fiado mi dinero?

SEÑOR POLICHINELA

¡Esa es buena! ¿Y qué garantía podía él ofreceros?

PANTALÓN

Vuestro crédito en la Ciudad, señor Polichinela, y cuando eso no fuera, el amor a vuestra hija.

SEÑOR POLICHINELA

¡Ta, ta, ta! Por amor a vuestra hija debo alegrarme de que el bribón de su marido se vea por fin en galeras...; en cuanto a mi crédito en la Ciudad..., está muy por alto para que mi yerno ni vos podáis comprometerlo. Decid que si le habéis prestado ha sido con la garantía de mi muerte... Eso es, de mi muerte, y sabe Dios, como vierais que se tardaba, como se tardará...,

que no pienso morirme tan pronto, de lo que hubierais sido capaces mi yerno y vos por anticiparla.

PANTALÓN

¡Señor Polichinela ¡Yo nunca he deseado vuestra muerte!

SEÑOR POLICHINELA

¿Pues con qué otra esperanza prestáis a mi yerno? ¿Qué otra garantía puede él ofrecerós? ¡Mi pelleja, eso es!... ¡Mi linda pelleja! Sois un miserable. El que presta con esa garantía es un miserable...

PANTALÓN

Si el respeto a vuestra esposa y al señor Crispín no me contuviera..., yo os diría...

CRISPÍN

Decid, decid..., que la verdad purifica el aire.

SEÑOR POLICHINELA

Cálmate, esposo. Si al fin pagarás, como siempre, en cuanto nuestra hija venga a llorarle...

SEÑOR POLICHINELA

¡No, no! Conmigo se acabaron las lágrimas... Y si nuestra hija es mujer para consentir que su marido arruine mi hacienda..., no os ofendáis, señora Polichinela, pero dudaré de que sea hija mía...

SEÑORA POLICHINELA

¡Ve lo que dices y piensa quién te oye!

CRISPÍN

El señor Polichinela sabe muy bien que eso no es posible. Hablaba por ponderación.

PANTALÓN

Todo es poner las cosas en puntos de honra que nada tienen que ver con nuestro asunto. ¿Creéis que yo puedo perder mi dinero? ¿Consentiréis que el esposo de vuestra hija, el padre de vuestros nietos, vaya a la cárcel como si fuera un malhechor?

SEÑOR POLICHINELA

¿Decís como si fuera? ¿Y lo ponéis en duda? ¡Un malhechor, un malhechor talmente! Salteador de casas honradas, peor que de caminos, y si tanto os importa vuestro dinero, pensad cómo habéis de cobraros, que de mí será pleito perdido...

SEÑORA POLICHINELA

Señor Crispín, ¿no hablaréis con Leandro? Él os escuchó siempre y sólo vos tenéis autoridad con él.

PANTALÓN

Y persuadid al señor Polichinela cómo nada le estará mejor que pagarme...

SEÑOR POLICHINELA

¿Pagar yo? ¡Nunca! ¡Nunca!

CRISPÍN

No os alborotéis, señor Polichinela... Calmaos, señor Pantalón. El señor Polichinela pagará, pagará... Está cerca la hora en que todo se pague. Entretanto no per-

turbemos la alegría de esta noche. Esta fiesta hemos de recordarla siempre. Y, oidme aquí, señor Polichinela; vos también, señor Pantalón. He de pedir os un favor señalado.

PANTALÓN

Vos mandáis siempre.

SEÑOR POLICHINELA

Siempre me tenéis a vuestro servicio.

CRISPÍN

Terminada la fiesta, esta noche hemos de hablar aquí. No me faltéis. Otras personas muy significadas han de venir... Y entre todos ha de decidirse algo que mucho importa.

SEÑOR POLICHINELA

¿No podéis decirnos...?

CRISPÍN

Todavía no. Debo atender a mis convidados. Señor Polichinela, señor Pantalón, no disputéis ahora por unas migajas. Si sucediera lo que yo no sé si temo o deseo, pronto tendréis un festín espléndido... que tal vez hayáis de compartir con algunos de tan buen apetito como vosotros.

SEÑOR POLICHINELA

¿Qué queréis decirnos?

CRISPÍN

Nada que importe. Estos días revolotea sobre la Ciudad una bandada de cuervos... Temibles competidores;

pero no serán tan voraces; algo dejarán. Habrá para todos. (*Sale por la derecha.*)

ESCENA III

DICHOS menos CRISPÍN

PANTALÓN

¿Oísteis, señor Polichinela?

SEÑOR POLICHINELA

De poco tiempo a esta parte se permite tratarnos de un modo...

PANTALÓN

Él siempre fué insolente.

SEÑOR POLICHINELA

Está envalentonado desde que el padre de ese mozo que enamora a su hija volvió de su destierro... Al casar a su hija con el hijo de un ciudadano piensa que todo el partido popular estará de su parte y, fuerte con su apoyo, tal vez quiera prescindir de los que le elevamos... Ya veis cómo nos trata... Él no sabe que si casa a su hija con ese mozo..., ese mozo será otro Leandro como el nuestro. Y bien estará que así sea, que en este mundo todo se paga.

PANTALÓN

Vos lo decis. Ved por donde lo que vuestro yerno es en deberme ha de pagárseme.

SEÑOR POLICHINELA

¡Señor Pantalón, ya eso es monomanía! No pensáis

más que en vuestro dinero. Y hay muchas cosas en el mundo más importantes que vuestro dinero.

PANTALÓN

Para vos, sí: el vuestro.

SEÑOR POLICHINELA

Es que vos no iriais ganando nada con que yo me arruinase. Si no, decidme: ¿qué dinero tenéis mejor colocado? El que yo os administro en especulaciones lucrativas que vos estáis tan interesado como yo en defender. Figuraos que el señor Crispín quiere emanciparse de nosotros.

PANTALÓN

¡Imposible! Sin nuestro dinero no podría sostener un solo día la farsa de su gobierno.

SEÑOR POLICHINELA

Es cierto. Pero sin la farsa de su gobierno no podríamos sostener la verdad de nuestro dinero... Crispín nos necesita, pero nosotros también le necesitamos... Si está disgustado hay que contentarle.

SEÑORA POLICHINELA

Si queréis creerme, el señor Crispín ha debido tener esta noche algún disgusto, y ello debe ser cosa grave..., tal vez la guerra...

PANTALÓN

¿La guerra?... No es posible... Los venecianos no pueden declararnos la guerra.

SEÑOR POLICHINELA

Los genoveses son amigos nuestros. Si la guerra fuera con los venecianos, sería mi ruina... Con los genoveses, menos mal...; yo no trato ni comercio con ellos.

PANTALÓN

Pues mi ruina sería de cualquier modo... Que yo con todos trafico, y aun mañana al anochecer habrán de zarpas por mi cuenta dos galeones abarrotados de trigo... que vendí a unos y a otros...

SEÑOR POLICHINELA

¡Y yo que había de enviar mosquetes y pólvora a los venecianos!...

PANTALÓN

Perdonad... Esa pólvora y esos mosquetes, ¿son como los que vendisteis al Magnífico para nuestros soldados?...

SEÑOR POLICHINELA

¿Por qué lo decís? ¿No tuvisteis buena parte en las ganancias?...

PANTALÓN

Por eso lo digo...

SEÑOR POLICHINELA

Esta pólvora y estos mosquetes que yo mando ahora a los venecianos, son para la guerra... Los que aquí vendimos eran... como para tiempos de paz... Ni el Magnífico nos pagó entonces como los venecianos pagan ahora...

PANTALÓN

Si; pero si ahora tuviéramos guerra, pensad qué había de hacerse con esas armas y esa pólvora.

SEÑOR POLICHINELA

El valor de nuestros soldados lo supliría todo... Saben morir con denuedo... Y cuanto más corta fuera la resistencia... Cuando no se puede vencer..., una guerra corta puede ser lucrativa... Una larga guerra y al fin la derrota, sería la ruina de todos. Y como no es posible pensar en vencer...

PANTALÓN

No puede pensarse.

SEÑORA POLICHINELA

¡Callad, callad! ¡Sería horrible!

SEÑOR POLICHINELA

Dejaos de aspavientos y volved conmigo a la fiesta... Yo he de saber esta misma noche la verdad de lo que sucede. Si fuera la guerra..., de saberlo esta noche a saberlo mañana... importa mucho...

PANTALÓN

¡Cómo si importa!... Figuraos que pudiéramos antes...

SEÑORA POLICHINELA

¡Sería horrible, sería horrible! (*Salen por la derecha.*)

ESCENA IV

GIRASOL, COLOMBINA, el DESTERRADO, ARLEQUÍN, LEANDRO, AURELIO y FLORENCIO entran por la izquierda.

AURELIO

¡Divina, incomparable!

FLORENCIO

Hoy has bailado como nunca.

GIRASOL

Hoy he bailado para vosotros. ¿Estáis contentos de mí?

FLORENCIO

Siempre así, siempre nuestra.

ARLEQUÍN

Eres el momento y la eternidad, lo fugitivo y lo inmutable; mármol y nube. El rizo de la espuma en la ola sucesiva y la inmensidad del mar, que se aquieta al confundirse con el cielo.

COLOMBINA

¡Cuánta cosa en un baile! ¡El diablo son estos poetas!

LEANDRO

¡Qué hermosa está..., qué hermosa!

COLOMBINA

Vos estáis en lo cierto... Es muy hermosa y baile como quiera...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES

ARLEQUÍN

Esta noche has conseguido el mayor triunfo: que el austero espartano te aplauda y te celebre...

DESTERRADO

¿Por qué no? Las danzas de Girasol son de un arte gracioso y noble.

ARLEQUÍN

Como censuráis tanto nuestra admiración por las bailarinas y los desbravadores de potros...

DESTERRADO

Nada de eso, mis poetas amigos. No es vuestra admiración lo que yo censuro; es el modo de vuestra admiración... Supuesto que ella fuera excesiva hasta llegar a ser un vicio de vuestro carácter, yo nada tendría que censuraros si de ese vicio hicierais una fuerza, no una debilidad. Los hombres, como los pueblos, quizás comprenden más grandes cosas por defender sus vicios que por afirmar sus virtudes. Solemos poner más pasión en nuestros defectos, y la pasión es lo más parecido a la energía y está muy cerca de la voluntad. Nada diría yo de vuestros defectos si os viera decididos a luchar por ellos, a defenderlos como algo que es tan nuestro como una virtud... Pero veo que de ellos hacéis debilidad, humillación; que ante los extraños tratáis de disculparos como algo vergonzoso... Y yo quisiera que ellos fueran una razón más de vuestra vida. ¿No sabéis lo que dijo Lutero de los pecadores? «Ya que pequéis, pecad enérgicamente.» Y bien dijo, que quizás probamos en nuestros pecados la voluntad que hemos de poner en la virtud algún día. Pero el vicio cobarde y desmayado, el pecador que peca y desfallece, ni es

de Dios ni es del diablo. Así pusierais tanta voluntad, tanta pasión en vuestras culpas, que estuvierais dispuestos a defenderlas con vuestra propia vida. A la hora de combatir, que me den hombres que luchen por algo, virtud o vicio. Con chusmas de bandoleros se fundaron grandes ciudades, se conquistaron mundos; con virtudes discretas y vicios temblorosos fueron desvaneciéndose como niebla pueblos y razas, que ni siquiera espantaron al caer, porque no fué caer el suyo, fué desmoronarse...

ARLEQUÍN

Sin duda vos sabéis de ese desmoronarse sin grandeza. Hubo un hombre en esta Ciudad cuya voz se alzó siempre contra toda injusticia y toda tiranía... El Magnífico le desterró por miedo. Después se dignó perdonarle y ha vuelto a la Ciudad el Desterrado; pero el pueblo aun espera a su tribuno, a su defensor de otros tiempos... ¿Sabéis qué ha sido de él? Dolorido por las persecuciones, se rindió a la blandura del halago y su voz ya no truena contra los poderosos; asiste a sus palacios y a sus fiestas, bien hallado entre ellos. Para no olvidar sus rugidos, que ponían espanto en los tiranos y opresores del pueblo, hoy bosteza sin convicción su oratoria donde sabe que nada ha de perturbarse: en el propio palacio del Magnífico. El león está domesticado. ¿No es esto desmoronarse un alma noble y fuerte?

DESTERRADO

¡Porque me veis aquí pensáis que ha sido mi abdicación! Yo no hablo al pueblo, estoy en el palacio del Magnífico... Pero, ¿creéis que es mayor valentía gritar la verdad a los grandes desde la plaza pública, defendido por turbas hambrientas y amenazadoras, que venir indefenso y solo a sus mismos palacios a decirles la

verdad frente a frente? Cuando yo no diga verdad podéis decir que he dejado de ser el que era. Concitar el odio de los hambrientos, de los desesperados que padecen injusticia y miseria, para que amenacen, exijan y destruyan, es más fácil que persuadir a los poderosos de la tierra el amor que apacigua, edifica y concede... Cuando el amor no sienta a la justicia en su trono, el odio la substituye con la venganza, porque el trono de la justicia no puede estar vacío. Es como el Sol: si su luz y su calor le faltaran al mundo, para no perecer de frío, el mundo entero ardería en incendios de hogueras... Yo he subido a lo alto para encender el sol de la justicia; si el sol no alumbrá..., tiempo habrá de encender las hogueras, aunque todo lo consuma el incendio.

GIRASOL

He aquí un hombre en quien yo quisiera probar la fuerza de mis encantos.

AURELIO

Serías nueva Salomé de un nuevo profeta. ¡Qué prodigiosa sería tu danza ante el Magnífico para obtener en pago la noble testa del austero espartano!

GIRASOL

El austero espartano, como le llamáis, es muy divertido... ¡Quisiera saber lo que piensa de mí! ¿Queréis decírmelo?

DESTERRADO

Que sois la única que cumple con su deber en esta Ciudad.

GIRASOL

Ya lo oís.

DESTERRADO

Vuestro deber es ser hermosa y bailar con arte. Es divina vuestra hermosura, y en vuestro arte sois maravillosa. Sobre vuestro sepulcro — tarde sea — podrá escribirse el latino epitafio que ilustró en Roma a una de vuestras antecesoras: «*Saltavit et placuit*»: Danzó y agradó... Como compendio de vuestra vida, me parece admirable. Lo triste es que haya en la Ciudad muchos hombres que no parece sino que quieren disputaros el honor de esa inscripción mortuoria... Y sólo debieran contentarse con la primera parte, porque ellos, si es verdad que danzaron, pero sin agradar.

ARLEQUÍN

El discreteo de la corte no dice bien a vuestro carácter. De espartano estáis mejor que de ateniense.

ESCENA V

DICHOS y LAURO por la derecha.

LAURO

Amigos... Priváis a la fiesta de la que es reina en ella. Devolvednos a Girasol. Su hermosura y su arte pertenecen a todos... Al amor mismo no le consentiríamos que intentara robarla a nuestra admiración.

GIRASOL

Con las artistas, por desgracia nuestra, los enamorados son más discretos que los admiradores... ¿Verdad, Leandro?

LEANDRO

Si llamáis discreción a la timidez... Pero mi timidez